

Ella/El

La vi, le vi, balanceándose sinuosa/o sobre una rama joven y frágil de limonero, mordisqueando ávidamente con su sensual rádula un brote tierno. Inmediatamente me sentí hipnotizado/a por sus líneas espirales de tiernos matices terrosos. ¡Qué belleza, qué perfección helicoidal! Sus tentáculos oculares se posaban distraídamente alternando entre el tierno brote ya prácticamente engullido, la frágil rama que se mecía, el cielo cegadoramente azul -mal augurio para nuevas lluvias- y por fin, se clavaron en mi. Noté una ráfaga eléctrica que recorrió mi pie ventral hasta llegar a la arteria ventricular que bombeó mi hemolinfa aún con más fuerza. La baba rezumaba de mis poros a una velocidad alarmante, tuve que corregir la distribución del peso de mi concha para no caer desprendido/a. Mi órgano copulador bombeaba henchido, sentía el lateral de mi cara a punto de estallar, y mi vagina no cesaba de secretar moco. ¿Habrá notado Ella/El la turbación que me paraliza? Una única idea se apoderaba de mi ganglio cefálico; La/le deseo, quisiera entrelazar nuestros cuerpos mojándome en sus babas, inyectarle todo mi amor licuado con mi dardo de Cupido que ya emerge arrobado y espléndido, penetrarla vigorosamente y que me penetre al unísono hasta que nuestros rostros se fundan en uno durante horas, yo dentro de Ella, El dentro de mi.

Qué lejos está y a la vez qué cerca. Casi bastaría un balanceo, una ráfaga de viento que juntara nuestras ramas, lo suficientemente fuerte para entrelazarlas pero sin tirarnos a tierra. Resbalaría ágilmente en el momento preciso para caer junto a Ella/El. Qué lindo sueño, pero no, no puedo quedarme aquí, reseándome indefinidamente a la espera de ese viento salvador, debería hacer algo para acceder hasta Ella/El. Veamos, tendría que bajar por esta rama espinosa de rosal en cuyo extremo me encuentro, llegar hasta el tronco, seguir bajando hasta el suelo, árido y abrupto, lleno de peligros y obstáculos, piedras y terrones de tierra secos y escamosos. Uhm, y todo eso bajo este sol de justicia. Apenas queda rastro de la refrescante lluvia de la víspera. Incluso habiendo culminado con éxito esa dura prueba, ya desde la base del limonero aún debería iniciar un duro ascenso a lo largo de su tronco vertical, y ya en la cruz iniciar un larguísimo camino laberíntico entre ramas principales y secundarias. Y lo peor, sin verla/o, guiado/a tan sólo por su rastro embriagador de feromonas. Umm, ¡qué intenso perfume!, me recuerda a la baba fresca de alevín y al heno verde recién mordido.

El deseo ciega mi instinto racional, debería acabar de engullir este tierno brote apical para recuperar los azúcares vitales gastados durante mi último letargo, sólo así lograré sobrevivir hasta la próxima lluvia, que teniendo en cuenta lo poco avanzado del verano aún puede tardar en llegar. Las reservas acumuladas en primavera ya casi están agotadas y todo gasterópodo/a en su sano juicio sabe que una lluvia estival no se puede desaprovechar haraganeando. No es el momento para dispendios energéticos en licencias sexuales, pero es que ni hambre tengo. No puedo apartar la vista de un ejemplar tan bello. Ella/El no deja de mirarme con uno de sus tentáculos oculares mientras ramonea ávidamente sin perder de vista con el otro su tierno bocado. Ya dejó de apurarlo hasta topar con el tejido suberoso inmasticable y se mueve buscando un lugar protegido del sol en la axila de una rama interior donde recluirse en su hermosísima concha, cerrar su opérculo, sellarlo debidamente con sales calcáreas y aletargarse.

¡Aletargarse!. Tan embebido/a estaba contemplándola/o que no he sido consciente del paso del tiempo. Miro aterrado/a a mi alrededor, apenas se distingue ya una reseca estela de baba de lo que antes era un abundante reguero, la piel de mi manto comienza a secarse, ya apenas sin secreción húmeda y refrescante de baba. ¡Sin baba! No puedo perder más tiempo, debo moverme, aún sin la amortiguación viscosa y lubricante quedarme aquí en este ápice, expuesto al duro sol y visible a toda suerte de depredadores sería un suicidio. La rugosa epidermis del rosal rasga mi pie ventral dolorosamente mientras avanzo, pero el dolor más intenso, el que me desgarras desde el interior de mi concha, me lo produce recordar que Ella/El ni siquiera se dignó girarse en su camino hasta guarecerse, ni una señal de aviso o apremio, ni un adiós, ni un gesto, ni una breve mirada con al menos uno de sus ojos, nada. Ya no puedo seguir, mi piel está lacerada, al igual que mi orgullo. Dudo que esta axila branquial esté suficientemente resguardada. No sé si volveré a despertar de mi letargo, si seré brutalmente engullido/a o peor, desecado/a lenta y dolorosamente, sin otra opción

que guarecerme en la escasa humedad de mi concha y rezar. Pero si sé que, a pesar de su indiferencia de ahora, tan dolorosa que prefiero no recordar, cuando despierte, si despierto, todas mis fuerzas irán encaminadas a un único objetivo: Seducirla/o.

Matilde Lombardo

